

pidió que habláramos, de veras siento no haber ido, ¿me disculpas?

Yo buscaba la manera de encajar esa pregunta en la ruta hacia Moonlight. El camino hasta ella era en verdad azaroso, en un inicio le dije Me resultó difícil creer que estaríamos tanto tiempo juntos. Y el maldito imprevisible apareció antes de que ella llegara a mi apartamento. Me di un trago, casi la mitad de la copa, entonces le pregunté si recordaba aquella conversación. Demoró en responder y dijo Sí, claro, lamento muchísimo haberte dejado esperando, te pido que entiendas, no pude decirle a mi ex que se tragara su tristeza, aunque de veras quise hacerlo.

Creí escuchar un sollozo. Qué debía hacer. Qué debía responderle. Tenía vino en la copa, sin embargo volví a servirme. Tragué la mitad del vino. El tipejo no dejaba de darle vueltas a Moonlight, aquel chico listo tenía una nueva pareja y lo sabíamos, su cara decía a gritos que quería tener un par de mujeres como dos satélites alrededor de su bella cara. Quizá se había dado cuenta de que la Minina decidió tragar en seco y olvidarlo, sin embargo no quería aceptar aquella decisión. No dejaba de molestarla y molestarle. El tipejo estaba decidido a pelear, a su manera, pero a pelear. Cada llamada, las visitas, su terrible carita —una hermosa mezcla de melancolía, aparente ingenuidad y ternura—, la evocación de los mejores días que habían pasado juntos o los regalos que a ratos le hacía en una ladina combinación de té, música hindú y varillas de incienso eran para mí una certera estrategia. La Minina me contaba de las llamadas y visitas, me decía Siento pena por él.

El maldito tipejo sabía bien lo que hacía. Un chico listo. Golpes precisos. Duros uppercuts. Cada una de sus llamadas, las visitas y los regalos eran como un swing de izquierda al mentón de la Minina combinado con un fuerte golpe en mi estómago. Como los de esa noche. El hermoso ligero-welter podía ganar por puntos o por knock-out. Se ocultaba tras su rostro y pensé que ese era su mejor golpe, porque la Minina dijo Ahmel, no pude dejarlo hecho una mierda e irme para tu casa, tenías que verle la cara a ese maldito, me daba pena, me dijo que estaba mal y necesitaba conversar, estaba a punto de ponerse a llorar en la puerta de mi casa, sé que teníamos un plan, pensé que en una hora o dos lograría animarlo, quitármelo de encima,

después iría a tu apartamento, pero terminé mal y no quise fastidiarte el día.

Terminé la copa.

«Minina, tu ex se preparó para una larga pelea y nos ganó.»

«¿De qué hablas? Estás delirando.»

«Créeme, de veras lo siento.»

Ella dijo algo, muy alto. No entendí o no quise entender. Le repetí que lo sentía, que me disculpara, necesitaba colgar, Es demasiado tarde y mañana trabajaré en mi Cuaderno.

«¿Te has vuelto loco? Mañana no trabajarás en tu maldito Cuaderno. Iré a tu casa y tendrás que escucharme.»

Colgó.

Quedé tal vez un par de minutos escuchando el sonido que marcaba el fin de la llamada telefónica. Tomé la botella pero esta vez no me serví, la pegué contra mi frente, las mejillas, me gusta el vino bien frío y quería sentir la fría humedad de la botella en mi rostro, sin embargo solo conseguí mojarme la cara con un líquido apenas fresco.

Decidí dejar el reproductor encendido e irme al cuarto, se apagaría tan pronto acabara el disco. Vanito se rascó el mentón y se acercó a su banda. Señaló hacia mí, cerró su puño con el pulgar hacia abajo. Claro que me sentía como una mierda. No era difícil notarlo. El tipo que tocaba la batería se pasó la punta de la baqueta por el cuello y asintió con un gesto. Los dejé en la sala, llevé la botella al refrigerador y fui a mi habitación. Busqué un libro. *Boarding home*. Y me acosté. Estaba releendo a Guillermo Rosales pero decidí no abrirlo. Retomar la lectura de aquella novela era jugar a la ruleta rusa pero con solo una bala de menos en el cargador. Tiré el libro sobre la cama y lo tapé con la almohada. La guitarra de Vanito rompió el silencio con una balada. Un tema muy triste. Nada tan parecido a una encerrona. Fui a la sala, Vanito me vio, tras una señal suya se le unió la banda y comenzó a cantar, sin dudas harían un nuevo trazo en el mapa. Mi mapa.

Volví a la cama.

Ellos conmigo.

Perlo abrieron un espacio para que cupiera la imagen de Moonlight. Entonces cerré los ojos.

Me dormí antes de que terminara el disco.

Soñaba. Recuerdo que en el sueño caminé hasta la ventana, necesitaba respirar

aire limpio. El olor a humedad, el tufo agrio del sudor y la arenilla del polvo se mezclaban en mi nariz. Respiré hondo, sentí cierto alivio al tragar una gran bocanada. En aquel sueño la ventana de nuestra habitación se abría hacia *el patio* —así llamábamos a la popa de la vieja nave de madera—. Moonlight y yo ocupábamos uno de los camarotes del barco anclado en mi barrio, no éramos los únicos viviendo en la embarcación.

La Minina se paró junto a mí y dijo Me gustaría tener una casa tan grande como esta, solo para los dos, pero con un gran patio de tierra. La miré. Me preguntó si me gustaban los mangos, el aguacate y las toronjas mientras señalaba los árboles que se alzaban tras la popa.

—Sí —dije.

—¿Los sembrarías para mí, mon ange? ¿Me harás también una glorieta?

Sentí ruidos, voces. Moonlight señaló hacia el otro extremo de la popa, yo no lo había visto: era un hombre viejo, flaco, harapiento, se desabotonó la portañuela y comenzó a orinar. Lo hizo sobre las mismas tablas de la popa. Tan pronto terminó arrastró un butacón desvencijado y se sentó frente a un televisor. Estaba encendido. Pero el viejo harapiento no miraba a la pantalla, hablaba, sin pausas, al cielo. Alguien se le acercó. Este otro era alto, sus ropas lucían en buen estado, sin embargo se veían sucias. Con el puño golpeó al andrajoso. En el pecho. El rostro. El viejo solo levantaba los brazos mientras seguía hablándole al cielo.

Quien lo golpeaba se detuvo.

Miró hacia mí, luego al cielo y dijo algo.

Vi su rostro anguloso, la cicatriz en la mejilla. Sonrió. Volvió a golpear al viejo harapiento y se marchó.

—¿De qué color pintarás mi glorieta?

Miré a Moonlight y me tomó las manos, las apretó. Me encogí de hombros. Tras besarme las manos dijo en voz baja Ven, siéntate conmigo, mon ange.

La glorieta podía ser azul, blanca o roja, se lo dije y estuvo de acuerdo. Sonrió, ¿Podrías usar los tres colores?, combinarían con los árboles y las carpas, y es que quiero un estanque, un gran estanque alrededor de la casa y los árboles, también quiero que me hagas las carpas, ¿me las harás, mon ange?, ¿podrías hacerme algunos caracoles?, quiero que nuestra casa parezca una isla.

La Minina me abrazó. Muy fuerte. Quería además una decena de mariposas. Entonces

una stripper una bella stripper desnudándose desnudándose solo para mí al compás de la música

la abracé. Escuché su risa y la besé en la frente, los labios. Me miró a los ojos. Ojalá quieras pintarme una luna en cuarto menguante, la osa mayor y el sol de las nueve y media, pero no me dibujes una tormenta, dime que no lo harás, dímelo, por favor, júralo.

Sentimos otra vez las voces, un ruido muy fuerte —al parecer golpeaban en las barandas del barco—, y sobrevino entonces una sacudida.

Moonlight fue a la ventana.

—Alguien cortó las sogas —dijo.

Me asomé. Habían cortado las amarras. El barco se movía y miré a la popa, tal vez eran diez las personas reunidas alrededor del butacón y el televisor. Todos vestían ropas empercudidas. Puros andrajos. Algunos miraban hacia los árboles del patio, otros a un hombre armado con un machete. Vi su rostro, pude reconocerlo: en su mejilla estaba el costurón que bajaba desde el ojo a la mandíbula, lo habíamos visto golpear al viejo andrajoso —que permanecía sentado en el butacón y seguía hablándole al cielo, sin pausas—. En aquel grupo había un hombre al parecer ajeno a cuanto sucedía. Vestía un smoking —notablemente ancho según la talla que debía usar— y escribía en un pedazo de papel.

—¿Qué pasará ahora, mon ange?

Me encogí de hombros.

Una de las mujeres que estaban en la popa gritó La casa se está moviendo. Otra dijo Estamos perdiendo los árboles.

ahmel echevarría

Moonlight volvió adentro, me llamó, pero decidí quedarme en la ventana. Todo iba quedando atrás: los árboles, los caserones entre los que estuvo anclado nuestro barco.

El hombre de la cicatriz abandonó la popa, caminaba por el pasillo hacia la proa. Al pasar junto a mí levantó el machete. Me miró, el rostro contraído, la cicatriz como una sanguijuela enquistada en la mejilla, y blandió el arma. Solo cerré los ojos. Sentí un ruido. Duro. Seco. Había encajado el machete en el marco de la ventana. A pocos centímetros de mi cabeza.

—Me gustas —dijo—, después hablamos. Necesito a alguien que me ayude a manejar esta cosa. Eres el hombre, tú me gustas. Tú y yo seremos la mafia dentro de este tareco. ¿Mafia...? —extendió su mano abierta.

—Mafia... —dudé, pero le di la mía.

Del marco de la ventana sacó el machete. Sonrió. Antes de marcharse hizo un guiño.

Mi corazón latía a mil.

Volví adentro.

—¿Por qué lloras? —Dije.

Subió los pies en la cama y se hizo un ovillo.

—Nuestra casa se está moviendo, ¿a dónde iremos? Somos un par de naufragos, mi cielo, dos naufragos, mi amor.

Sequé sus mejillas y regresé a la ventana. El barco estaba dejando atrás el barrio, tras una maniobra comenzaría a moverse sobre la avenida Independencia. Me bastaba ver el follaje del bosque de almendros para saber por dónde íbamos. Abandonábamos ya Altahabana, de no aparecer ningún contratiempo quizá en media hora estaríamos frente a la rotonda de la Ciudad Deportiva.

Estuve solo un par de minutos frente a la ventana viendo pasar los autos. Nos movíamos. Despacio. Los automóviles, a golpe de bocinazos y acelerones, nos esquivaban y seguían de largo. Abrí mi maleta, ahí tenía mis pertenencias: algunas ropas, un par de libros, medicina para el asma, un estuche con pinceles y temperas. Le pedí a la Minina que se levantara y dijo No puedo, no tengo ánimos para nada, mon amour. Fui hasta ella, la tomé por un brazo e intentó resistirse. Entonces halé muy fuerte. Ya junto a mí le di un beso en la frente y otro en la mejilla. Nuestras ropas estaban sucias, oían mal y le pedí que se las quitara, yo haría lo mismo. Me

miró a los ojos, en voz muy baja me recordó

que no tenía ánimos para hacer nada.

Y la fui desnudando.

Entonces Moonlight me ayudó con mis andrajos.

Comenzó a llover mientras bordeábamos la rotonda de la Ciudad Deportiva para tomar nuevamente la avenida Independencia. El cielo estaba nublado y bajo, los relámpagos acuchillaban las pesadas nubes. Abrí los potes de tempera, el agua de lluvia serviría para humedecer la pintura.

Le dije a Moonlight que se acostara en el suelo, pero la tomé por el brazo y suavemente la obligué a hacerlo. El aguacero se hizo más fuerte, la Minina se estremecía con los truenos y cerraba los ojos. Ella no podía evitarlo, yo debía tener el cuidado de levantar el pincel. Y así fui dibujando en su pecho un astro mitad sol mitad luna, su rostro y el cuello los oscurecí con trazos negros donde al azar hice puntos blancos. Dibujé grandes manchones verdes en el vientre, los muslos y a la par le decía el nombre del árbol. La tomé por los brazos, la ayudé a levantarse. Despacio. En la espalda y las nalgas también dibujé manchones verdes, sobre ellos tracé tres pinceladas: una azul, otra blanca, y la roja. Será muy bella esta glorieta, ya verás, Minina.

Preparé un tinte anaranjado, debía dibujar los peces. Las carpas nadarían en todo el cuerpo: en el rostro, un pequeño pez entre la luna y el sol, en los brazos, sobre los árboles, en el cuenco que formarían sus manos, también a lo largo de las piernas.

Miré a la ventana. Nuestro barco cambiaba de rumbo, abandonaba la avenida Independencia y giraba a la izquierda. Navegábamos sobre la avenida Paseo.

Mientras el barco hacía el giro volví a tomar por el brazo a Moonlight. La ayudé a acostarse y le pedí que abriera las piernas. Fui a la ventana, humedecí el pincel, necesitaba preparar más pintura anaranjada. Pero una sacudida me tomó por sorpresa, estuve a nada de perder el equilibrio. El barco había girado nuevamente a la izquierda y se inclinaba hacia arriba. Había sido un giro muy brusco. Subíamos una pendiente. Entonces supe que se proponía el tipo de la cicatriz: avanzábamos por la rampa que conducía al mausoleo de la antigua Plaza Cívica.

Mientras hacía la mezcla de colores escuché varios gritos. Venían desde el rincón de la popa donde estaba sentado el viejo andrajoso. Se había levantado y señalaba a la

avenida. Miré. Un ataúd avanzaba entre los autos, se deslizaba sobre la misma senda por la que minutos antes íbamos nosotros. Me volví hacia la esquina de la popa donde estaba el viejo andrajoso, no escuchaba sus gritos y quise saber qué le ocurría. Tenía la portañuela abierta, se disponía a orinar. El hombre del smoking se paró junto a él, le dio un golpe en el pecho, el rostro. El viejo levantó sus brazos para esquivar la golpiza, a la par soltó un chorro de orine. El hombre del smoking dio un salto atrás y revisó las patas de su pantalón. Miró al viejo. Cerró los puños. Pero desistió. Caminó entonces hacia el otro extremo de la popa.

Se secó el sudor.

Alisó el smoking.

De un bolsillo sacó el pedazo de papel, del otro una botella.

Releyó lo que había escrito y enrolló el pliego. Guardó la nota dentro la botella. Tras ponerle un corcho la lanzó por la borda.

El viejo andrajoso, que lo había observado todo, se hincó de rodillas sobre el butacón. Se persignaba, decía algo y esta vez no lo hacía mirando al cielo, en voz baja le hablaba o le rezaba a la gran estatua de Martí levantada sobre la colina de la antigua Plaza Cívica.

El barco siguió pendiente arriba y regresé adentro con la mezcla de temperas. Moonlight me esperaba, me preguntó qué había pasado y volví a pedirle que abriera las piernas.

—¿Por qué no me dices, mon ange? ¿Qué me estás ocultando?

—Vi un ataúd.

—¿Es una señal? Por favor, no me engañes.

—Es un ataúd. Va calle abajo.

Comencé a dibujar una gran carpa en la pelvis rasurada. La boca del pez, abierta, parecía querer tragarse el ombligo de la Minina mientras que la cola batía muy cerca del sexo de Moonlight.

Me levanté.

Había terminado.

—¿Me dibujaste el sol?

—Lo tienes en el pecho. ¿Te alcanzo un espejo?

—No, si hasta ahora no lo sentí debió haber sido porque en mi cuerpo todavía era de noche. También puedo sentir el salto de las carpas, mi amor, y el aire enredado en el follaje. ¿No lo escuchas?

un
un
án
án
gel
gel
am
am
ari
ari
llo
llo

Y el barco volvió a cambiar de rumbo. Esta vez a la derecha. La rampa caería en una pendiente corta y pronunciada hasta entroncar con la avenida Paseo.

—Ven —dijo y me tomó del brazo.

Estábamos a nada de distancia.

La piel contra la piel.

Su sexo contra el mío.

Y comenzamos a caer rampa abajo, yo entre las piernas de Moonlight.

Navegaríamos despacio, tras un sarcófago de madera y entre los autos —a golpe de bocinazos y acelerones nos esquivarían para dejarnos atrás, muy atrás—. De seguir aquella ruta llegaríamos al mar.

Sentí varios golpes en la puerta. Había despertado bien temprano, solo, y no me decidía por nada. Estuve más de media hora remoloneando bajo las sábanas, pensando si escribía aquel sueño en el *Cuaderno de Altabana*, sin embargo me decidí por la novela de Guillermo Rosales y fui al baño. Pero alguien seguía llamando. Era un toque insistente. En contra de mi costumbre cerré el libro y acabé todo rápido. Volví a sentir los golpes y fui a la puerta.

Era Moonlight.

No estaba sola.

—Es el segundo ángel que me encuentro —dijo—. Ojalá tampoco lo pierda.

Junto a la Minina estaba Ivette, la hija de mis vecinos del apartamento de los bajos. Seis años, dos motonetas castañas, maquillaje muy leve y un vestido con vuelos de encajes. Tenía además dos alas hechas de alambre forradas con la misma tela de encajes del vestido. Iba toda de amarillo.

Moonlight estaba agachada junto a mi pequeña vecina. La niña hizo un torpe movimiento de ballet a manera de saludo y

una de las alas chocó contra el rostro de Moonlight. Un ángel y mi Minina. Las dos vestidas de amarillo, mi vecinita junto a una de las mujeres más bellas del mundo —Moonlight: la rara mezcla del gato y el dulce olor del incienso, piel suave y clara, sexo duro y sudor, largas conversaciones en la madrugada, el tormento agazapado bajo unos largos rizos caobas, también algo de paz.

¿Quién hubiera deseado perderla? Pero habíamos discutido. Fuerte.

Me senté frente a Ivette:

—Esa muchacha se ha vuelto loca —dije señalando hacia Moonlight y tomé a la niña por lo brazos, tenía una pequeña caja en las manos—. Dice que se ha encontrado dos ángeles. Si uno eres tú y el otro ángel es ella, ¿crees que alguien pueda encontrarse a sí mismo?

—Claro que sí, tonto —dijo Ivette.

Moonlight rió y se sentó junto a mí.

La niña nos contó que se había perdido en el acuario. Estaba con sus padres frente al

estanque de los leones marinos y sin darse cuenta se separó de ellos, Caminaba y no los veía, había mucha gente, muchísimos pescados, pensé que estaba en el fondo del mar.

Mientras hablaba apartó suavemente mis manos de las suyas y escondió la cajita tras su espalda. Ivette nos dijo que se sintió más calmada cuando vio que había vuelto al estanque de los leones marinos. Yo misma me encontré, después me encontré mi papá, ¿tú te perdiste, Moon?

Moonlight me miró, se volvió hacia la niña y dijo Sí, me perdí, estaba desesperada y no sabía qué hacer.

—Pero ya estás aquí, te encontraste tú sola y no hizo falta que te fueran a buscar.

—Me encontré muy tarde, en la madrugada, Ahmel no sabía que estaba perdida, estuve esperando que llamara a mi casa.

—Si él se entera que estás perdida te sale a buscar.

—¿Tú crees? —Moonlight hablaba con Ivette pero me miraba.

Me levanté.

Cargué a Ivette.

Me pidió que tuviera cuidado con sus alas.

—¿Por qué no entramos? —dije.

—No puedo, tengo una fiesta. Vine para que me vieran vestida y para darte una sorpresa.

Me acercó la cajita. Estaba forrada con papel de regalos y atada con una cinta. Tenía varios agujeros en la tapa.

—¿Qué es?

—Es una sorpresa.

Llamaron a Ivette. Era la madre.

—Me voy, se me hace tarde. Después me dices si te gustó.

La dejó en el suelo y salió corriendo.

La niña bajaba las escaleras en pequeños saltos. Sus alas se movían tras cada paso. Parecía volar, sin control, a ras del suelo. Una gran mariposa amarilla que recién había abierto las alas.

Acerqué la caja a mi oído. Tenía algo dentro. Se movía. Piaba.

Entré y cerré la puerta. Moonlight estaba sentada en una esquina del sofá. Me senté en el suelo frente a ella.

—Hay un pichón o un pequeño ángel dentro de la caja —dije.

La Minina sonrió. Tenía los ojos húmedos.

Abrió la caja. Era un pollito. Moonlight lo sacó de la caja, con la yema del dedo alisó el plumón amarillo, luego tomó una de las alas y la extendió suavemente. El pollito comenzó a piar más fuerte e intentó escapar, pero al acariciarlo se tranquilizó.

—Toma —dijo.

Metí al pollito dentro de la caja y aseguré la tapa con la cinta.

Moonlight caminó hasta la puerta. Me tomó las manos, las apretó, y despacio sentí cómo sus dedos iban cediendo. Quería mirarle a los ojos. Me evitaba. Suavemente la obligué a alzar la barbilla.

Acercó su mano a mi rostro. Luego quiso besarme, pero apenas fue un beso aquel roce en mi mejilla.

Nos despedimos.

La vi bajar las escaleras, salir a la calle y caminar rumbo a la parada del ómnibus. No se volvió, tampoco quise llamarla.

Iba despacio, sus grandes alas plegadas tras la espalda.

era difícil
era muy difícil
saber qué me
convenía
luego de besar
besar
besar
besar
a aquella mujer

Ahmel Echevarría
La Habana 74